Al Conde de Niebla

I

Estas que me dictó rimas sonoras
culta sí, aunque bucólica Talía,
-oh excelso Conde-en las purpúreas horas
que es rosas la alba y rosicler el día,
ahora que de luz tu niebla doras,
escucha, al són de la zampoña mía,
si ya los muros no te ven de Huelva
peinar el viento, fatigar la selva.

II

Templado pula en la maestra mano
el generoso pájaro su pluma,
o tan mudo en la alcándara, que en vano
aun desmentir al cascabel presuma;
tascando haga el freno de oro cano
del caballo andaluz la ociosa espuma;
gima el lebrel en el cordón de seda
y al cuerno al fin la cítara suceda.

III

Treguas al ejercicio sean robusto,
ocio atento, silencio dulce, en cuanto
debajo escuchas de dosel augusto
del músico jayán el fiero canto.
Alterna con las Musas hoy el gusto,
que si la mía puede ofrecer tanto
clarín-y de la Fama no segundo-
tu nombre oirán los términos del mundo.

Primera Parte

IV

Donde espumoso el mar siciliano
el pie argenta de plata al Lilibeo,
bóveda o de las fraguas de Vulcano,
o tumba de los huesos de Tifeo,
pálidas señas cenizoso un llano,
-cuando no del sacrílego deseo-
del rudo oficio da. Allí una alta roca
mordaza es a una gruta de su boca.

V

Guarnición tosca de este escollo duro
troncos robustos son, a cuya greña
menos luz debe, menos aire puro,
la caverna profunda, que a la peña;
caliginoso lecho, el seno oscuro
ser de la negra noche nos lo enseña
infame turba de nocturnas aves,
gimiendo tristes y volando graves.

VI

De este pues formidable de la tierra
bostezo, el melancólico vacío
a Polifemo, horror de aquella sierra,
bárbara choza es, albergue umbrío
y redil espacioso donde encierra
cuanto las cumbres ásperas cabrío
de los montes esconde: copia bella
que un silbo junta y un peñasco sella.

VII

Un monte era de miembros eminente
este que-de Neptuno hijo fiero-
de un ojo ilustra el orbe de su frente,
émulo casi del mayor lucero;
cíclope a quien el pino más valiente
bastón le obedecía tan ligero,
y al grave peso junco tan delgado,
que un día era bastón y otro cayado.

VIII

Negro el cabello, imitador undoso
de las oscuras aguas del Leteo,
al viento que lo peina proceloso
vuela sin orden, pende sin aseo;
un torrente es su barba impetüoso
que-adusto hijo de este Pirineo-
su pecho inunda-o tarde, o mal, o en vano
surcada aun de los dedos de su mano.

IX

No la Trinacria, en sus montañas, fiera
armó de crüeldad, calzó de viento,
que redima feroz, salve ligera
su piel manchada de colores ciento:
pellico es ya la que en los bosques era
mortal horror, al que con paso lento
los bueyes a su albergue reducía,
pisando la dudosa luz del día.

X

Cercado es, cuanto más capaz más lleno,
de la fruta, el zurrón, casi abortada,
que el tardo Otoño deja al blando seno
de la piadosa yerba encomendada:
la serva, a quien le da rugas el heno;
la pera, de quien fue cuna dorada
la rubia paja, y-pálida tutora-
la niega avara y pródiga la dora.

XI

Erizo es, el zurrón, de la castaña;
y-entre el membrillo o verde o datilado-
de la manzana hipócrita, que engaña
-a lo pálido no:-a lo arrebolado;
y de la encina, honor de la montaña
que pabellón al siglo fue dorado:
el tributo, alimento, aunque grosero,
del mejor mundo, del candor primero.

XII

Cera y cáñamo unió-que no debiera-
cien cañas, cuyo bárbaro rüido,
de más ecos que unió cáñamo y cera
albogues, duramente es repetido.
La selva se confunde, el mar se altera,
rompe Tritón su caracol torcido,
sordo huye el bajel a vela y remo:
¡tal la música es de Polifemo!

XIII

Ninfa, de Doris hija la más bella,
adora, que vio el reino de la espuma.
Galatea es su nombre, y dulce en ella
el terno Venus de sus gracias suma.
Son una y otra luminosa estrella
lucientes ojos de su blanca pluma:
si roca de cristal no es de Neptuno,
pavón de Venus es, cisne de Juno.

XIV

Purpúreas rosas sobre Galatea
la Alba entre lilios cándidos deshoja:
duda el Amor cuál más su calor sea,
o púrpura nevada, o nieve roja.
De su frente la perla es, Eritrea,
émula vana.-El ciego Dios se enoja
y, condenando su esplendor, la deja
pender en oro al nácar de su oreja.

XV

Invidia de las Ninfas y cuidado
de cuantas honra el mar deidades era;
pompa del marinero niño alado
que sin fanal conduce su venera.
Verde el cabello, el pecho no escamado,
ronco sí, escucha a Glauco la ribera
inducir a pisar la bella ingrata,
en carro de cristal, campos de plata.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVI

Marino joven, las cerúleas sienes
del más tierno coral ciñe Palemo,
rico de cuantos la agua engendra bienes
del Faro odioso al Promontorio extremo;
mas en la gracia igual, si en los desdenes
perdonado algo más que Polifemo,
de la que, aun no le oyó y, calzada plumas,
tantas flores pisó como él espumas.

XVII

Huye la Ninfa bella, y el marino
amante nadador, ser bien quisiera,
-ya que no áspid a su pie divino-
dorado pomo a su veloz carrera.
Mas ¿cuál diente mortal, cuál metal fino
la fuga suspender podrá ligera
que el desdén solicita? ¡Oh, cuánto yerra
delfín que sigue en agua corza en tierra!

XVIII

Sicilia, en cuanto oculta, en cuanto ofrece,
copa es de Baco, huerto de Pomona:
tanto de frutas ésta la enriquece,
cuanto aquél de racimos la corona.
En carro que estival trillo parece,
a sus campañas Ceres no perdona,
de cuyas siempre fértiles espigas
las provincias de Europa son hormigas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

XIX

A Pales su viciosa cumbre debe
lo que a Ceres, y aun más, su vega llana;
pues si la una granos de oro llueve,
copos nieva en la otra mil de lana.
De cuantos siegan oro, esquilan nieve,
o en pipas guardan la exprimida grana,
bien sea religión, bien amor sea,
deidad aunque sin templo es Galatea.